

Los casos del comisario Croce, de Ricardo Piglia (Anagrama) | por Juan Jiménez García



Podría escribir de Ricardo Piglia. Pienso que *Los casos del comisario Croce* es tal vez su último libro y para su último libro escogió un libro de detective. Digo detective porque solo sale uno, el detective Croce. Y lo demás es mera escenografía, el mundo necesario para que Croce viva su vida. Que el último libro de Piglia sea policiaco, es un acto de justicia hacia un género que amó profundamente, no solo de pensamiento, sino de obra. La suya y la de los demás. Entonces, estos casos son como ir a encontrarse con viejos amigos. Y los viejos amigos pueden ser lo

suficientemente abstractos para estar en cualquier cosa. Un argumento, Borges, Argentina, otros detectives anglosajones. Y entre todo, algo especial. Ya desde el primer instante en el que tenemos a un detective que no resuelve un caso. Y que, además, no resuelve un caso injusto. Un caso injusto frente al que se rinde.

Me releo. No, no es cierto. No es una cuestión de que esté Croce y luego lo demás sea un decorado al fondo. A veces, muchas, la escenografía, la historia, parece querer prescindir de él, como en aquellas novelas de detectives japonesas en las que el detective no está o muy poco. Y si está, escucha. Y entonces resuelve, como ese Sherlock Holmes haciendo ejercicios mentales para no oxidarse con cualquier personaje que se cruzaba. Pienso en el relato sobre esa leyenda urbana de la película pornográfica de Eva Perón. Podríamos pensar que también Piglia ejercitaba su mente para olvidarse de su cuerpo. Ese cuerpo que había decidido olvidarse de él. Por eso encontramos algo así como figuras de estilo, como ese otro malvado Moriarty.

Para entendernos, *Los casos del comisario Croce* tienen tanto de reflexión sobre el género que de relatos al uso. Ricardo Piglia tiene la inteligencia de hacernos que creer que seguimos a Croce en sus investigaciones cuando en realidad le estamos siguiendo a él en las suyas, en algunas cosas que tenía que decir sobre un género que le apasionó. Su detective es una idea. Con el método confesado de buscarle cinco pies al gato tiene algo de filósofo, de pensador del crimen y del misterio, como Maigret lo tenía de etnógrafo de la sociedad francesa. Por eso no es extraño que un relato sea una conferencia de Borges a la que asiste un Croce meditabundo. Y no hay asesinados ni asesinos, solo el gusto por contar que se nos queda en el gusto por leer. Por eso no es extraño que algunos relatos sean un análisis sobre el proceder de esa *reencarnación pampeana, el filósofo como policía*.

O también esa última narración que no es un relato, sino el método. Porque estos tal vez no sean los casos de Croce, sino Croce convertido en un caso, un caso de estudio. Un detective en tercera persona para contar a un escritor en primera. Por eso, el liminar lo escribió Karl Marx en 1857. Ricardo Piglia se pregunta si su escritura ha cambiado. Impedido, escribió este libro con la mirada (la poesía de la desgracia). Yo no sé si su escritura ha cambiado. No leí mucho a Piglia (y lo disfruté siempre... pero eso sería otro caso para el comisario Croce). No sé si su escritura cambió, pero no cambiaron sus ganas de contar, de escribir, de vivir. Sus ganas de llegar a los demás a través de las palabras, ese material resbaladizo, arenoso, para construir sobre páginas en blanco. Echaremos mucho de menos a Ricardo Piglia. Su entusiasmo adolescente por la literatura, su pasión por la escritura como manera de vida.

Operación Masacre, de Rodolfo Walsh (Libros del Asteroide) | por
Juan Jiménez García



Rodolfo Walsh
Operación Masacre
Introducción de Leila Guerriero



Decía Nick Cave que escribiendo, que a través de las palabras, uno corre el riesgo de exponerse. Algo así. Escuché esas palabras. Pensé en mí y luego, algo más tarde, en Rodolfo Walsh. Hacía unos días que había leído *Operación Masacre*. Era el primer libro suyo que leía, pero sabía de él. A veces mantenemos extrañas relaciones con desconocidos. Hay cosas que no podemos evitar. Esto es: leer *Operación Masacre* sesenta años después. En otro país. Con una idea abstracta de la historia. Entonces lees otro libro, aunque puedes imaginarte perfectamente ya no el impacto que el libro debió causar, sino los riesgos que Rodolfo Walsh asumió y esa idea del escritor como cronista y el cronista como alguien que se expone. Pienso ahora en Tadeusz Kantor, que

decía que sin riesgo no hay vanguardia. Sí, pensaba en otros riesgos, pero por qué no estos, que él también compartió. Para el escritor argentino fue el comienzo de todo y también el comienzo del final. Ese compromiso le llevaría hasta las armas, y las armas hasta la muerte. De dictadura en dictadura.

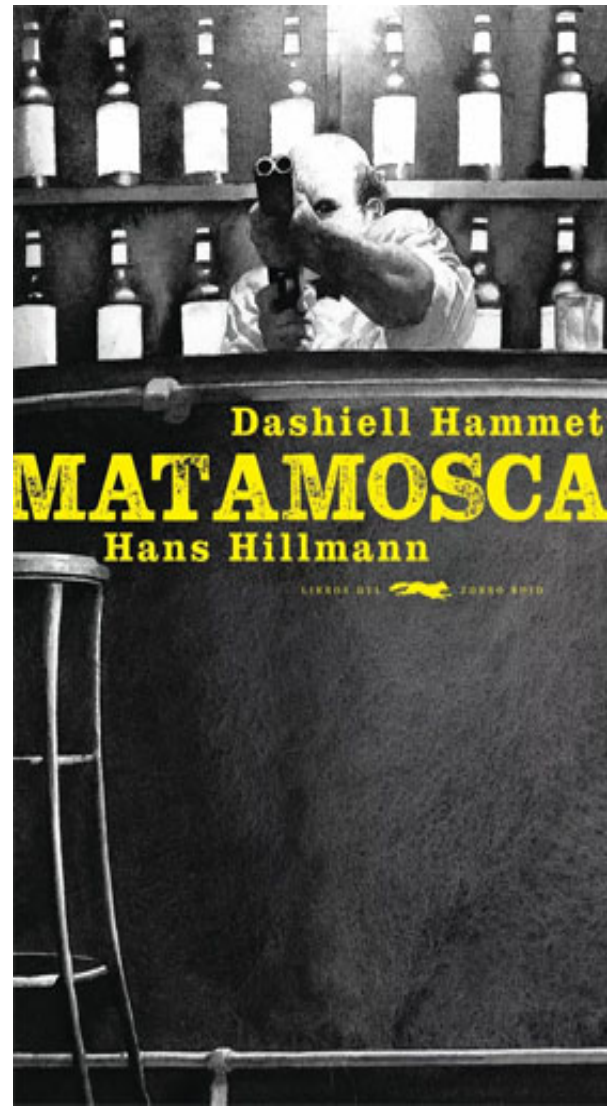
9 de junio de 1956. Unos policías irrumpen en una casa y se llevan con ellos a unos civiles. Estamos en los tiempos de la Revolución Libertadora, otro de esos disparatados nombres que la dictadura se da para parecer cualquier cosa. Derrocado el peronismo, acabados los primeros años de democracia argentinos, ya están ahí los militares y su orden de las cosas. Esto no acaba más que de empezar. El suceso será conocido como los fusilamientos de José León Suárez, un basural. Acontecimiento que precede al levantamiento militar de corte peronista de Juan José Valle y que comparte noche y muertes, aunque nada tengan que ver, más allá de una voluntad aniquiladora. Rodolfo Walsh da por casualidad con uno de los supervivientes. Pensaba que no había ninguno y, sin embargo, tirando del hilo aparecen siete. Con ello comienza una investigación para establecer que ocurrió esa noche. Pero la Revolución Libertadora sigue, aunque siga siendo un mero experimento de lo que vendrá después. Incluso necesitan justificarse, buscar triquiñuelas legales. Todo está por inventar. Los tiros, los muertos, los desaparecidos. Más tarde. Otros. Los mismos o parecidos.

Con Enriqueta Muñiz emprende la investigación de esa noche. Localiza a casi todos los supervivientes desaparecidos. Reconstruye a través de ellos lo que ocurrió. Escribe. La crónica va apareciendo por entregas en Revolución Nacional. No será fácil editarlo y luego irá cambiando conforme los acontecimientos, que su lectura provoca, creen nuevos sucesos. Así, el propio libro se convierte en parte de sus historia. Walsh se adelantó a tantos otros trabajando la crónica de sucesos como literatura. El género

negro como aquel capaz de devolver una crónica social de su tiempo, con la necesidad de enfrentar la mentira con la verdad revelada. En un principio, los personajes se van presentando. Futuros muertos, futuros supervivientes, hay que darles un cuerpo, una presencia, que nos haga entender los hechos. Los hechos no son un intento de golpe de estado, ni tan siquiera la dictadura vigente, sino cómo un hombre cualquiera puede morir por nada, por la decisión o indecisión de otros. Cómo no hacer nada no nos protege de ninguna cosa. Cómo en determinados tiempos no hay comodidad posible ni distancia.

En esta novela negra sabemos el final. También sabemos que el final no es el final y que no solo todo seguirá igual, sino que será peor, mucho peor, lo cual no hace bueno nada del pasado. Buscando entre todas las incertidumbres, Rodolfo Walsh enfrentó a los protagonistas, a policías, gobernantes y jueces, a sus propias contradicciones. Jugando en su terreno de juego ganó, pero no había nada que celebrar. Los culpables estaban, los muertos estaban, los supervivientes estaban. Estaban todos, pero así se quedaron. Libres, muertos, muertos libres. Vidas destruidas por el sentido del deber, ese mal del siglo o esa pastilla para olvidar lo injustificable. Y escribir. Para que nada se olvide.

Matamoscas, de Dashiell Hammett. Ilustraciones de Hans Hillmann
(Libros del zorro rojo) Traducción de Pep Verger Fransoy |
por Juan Jiménez García



Matamoscas podría ser una novela gráfica de Hans Hillmann punteada por los diálogos de Dashiell Hammett. Tal vez (y solo tal vez) un libro de Dashiell Hammett iluminado (en sombras) por las imágenes de Hans Hillmann. Pienso en lo primero. Luego, pienso que no hay un orden, solo un conjunto, como dos músicos de jazz que tocan sobre las notas del otro, ni antes ni después, en una comunión. Muerto y vivo. Sin embargo, esta es una obra de Hans Hillmann, atraviesa por el aliento de Hammett. Hans Hillmann nace en una Alemania en estado de convulsión, en 1925. Atraviesa la guerra, estudia Arte y se dedica al cartelismo, convirtiéndose en uno de los ilustradores y diseñadores más importantes de su país. Pero no solo. Seguramente todos hemos visto algún cartel de Hillmann. Jean-Luc Godard pensaba que fue el quien mejor

interpretó sus películas. En los ochenta decide ilustrar un relato de Dashiell Hammett. Y entonces surge *Matamoscas*.

Matamoscas, relato, es la historia de una desaparición. La de la hija de un acaudalado hombre de negocios. Sue (ese es su nombre) ya es mayorcita. Lo suficiente, al menos. Siempre fue un poco rebelde y ahora poco se puede hacer. Ya es mayorcita y conoce no poco mundo. Conocerá más. La Agencia de Detectives Continental se pone con su búsqueda. El rastro desaparece con un conocido matón. Un armario. Pero esto es solo el principio. Del final. Esto es Dashiell Hammett, reducido a diálogos, a una historia que debe ser contada. Hammett es el contrapunto y la partitura, pero no está solo ahí. En cada una de las ilustraciones todo un universo, negro como el propio universo, se destruye y recompone alrededor suyo.

La referencia es el cine negro. El movimiento, en todo caso. En *Matamoscas*, todo se mueve. En las tinieblas de *Matamoscas*, las cosas se agitan, los seres mueren, las calles se desvanecen, los tejados son una sucesión de tejados. Se dispara fácil, se golpea fácil, el mundo se descompone con esa misma facilidad. El mundo es una cosa muy pequeña. Hay ciudades lejanas, pero los cuartos son los mismos, los tugurios parecidos. Todo se acaba igual. El tiempo se detiene. Fin. Sombras, escaleras, puertas, ventanas. Jean-Luc Godard (otra vez) hablaba de mujeres y pistolas. Hillmann solo necesita sombras, escaleras, puertas, ventanas. Cuerpos inmensos y la necesaria fragilidad. En su dibujo todo se mueve. La inmovilidad. Todo. A veces imperceptiblemente. A veces, con rabia. Sin embargo, ¿qué fue primero? ¿El negro o el blanco? Con fuerza se golpean. Uno de tantos momentos de belleza: desaparecer en el blanco de la página.

Qué trabajo tan increíble el de Hillmann en *Matamoscas*. Cada uno de sus dibujos encierra a todos los demás. Encadenados unos a

otros, contienen toda la fatalidad de Hammett, todos esos destinos condenados, esos encuentros destinados a la violencia, esos personajes que sobreviven sobre el cadáver de los demás, personajes griegos de nuestras tragedias diarias. Todo es noche. El día es noche. La noche es noche. La luz es oscuridad. La oscuridad más oscuridad. La oscuridad, tinieblas. Hubo un tiempo en el que el hombre sabía contar historias. En el que las historias sabían contar al hombre.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo: [aquí](#). Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

La ley de Carter, de Ted Lewis (Sajalín) Traducción de Damià Alou
| por Óscar Brox



Ted Lewis

LA LEY DE CARTER

Traducción de Damià Alou



Inglaterra vivió una época en la que la avanzadilla del *Swinging London* se partía la cara con los últimos restos de aquellos *angry young men* que sacudieron los cimientos de la sociedad. Aquellos que reflejaron los problemas de la madurez precipitada, el acceso a un trabajo precario y alienante y la vida encerrada tras los barrotes de las fincas del color del ladrillo enfrentados con aquellos otros que vivían con jolgorio las transformaciones culturales de la gran urbe. Para los que las huelgas de trabajadores no empañaban la expresión moderna de una nueva juventud. Probablemente, a Ted Lewis, natural de Manchester, le quedaba un poco lejos la alegría *pop* de la gran ciudad, por lo que consagró su obra literaria a transformar parte de aquel legado de los *Angry Young Men* en un escenario que diese cuenta de

los cambios que habían tenido lugar en el ambiente. Por ello, como no podía ser de otra manera, Lewis se arrimó al mundo del lumpen y los criminales para plasmar la otra cara de la moneda inglesa.

El éxito de *Carter* animó a Lewis a escribir una precuela del personaje, en parte, para perfilar esa cosmogonía del submundo criminal que había plantado en la novela original. También, para matizar y pulir las aristas morales de un personaje tan magnético como el de Jack Carter, sicario estrella de uno de los clanes criminales más importantes. Es por ello por lo que *La ley de Carter*, la precuela que acaba de publicar Sajalín en castellano, se lee con el aire familiar de haber recorrido previamente esos lugares, de reconocer los rostros mal encarados y peligrosos que pueblan sus páginas. Con el mismo talento para la construcción de diálogos y la descripción sucinta de un ambiente de corrupción y crimen que salpica, prácticamente, a todos los estratos de la sociedad. En esta ocasión, a través de la persecución que emprende Carter para averiguar el paradero del chivato que puede conducir a su organización a la cárcel.

Lewis juega con la ambivalencia de su protagonista de manera que sus dobleces morales queden al descubierto. Y es que Carter es, pese a todo, un asesino elegante. Con un cierto encanto frente a la galería de monstruos que figuran en el paisaje. Pragmático, sin caer en la amoralidad -véase el asco que manifiesta ante Peter el Holandés, uno de sus eventuales compinches; visceral y expeditivo, como muestra su persecución implacable del rastro que deja el soplón. Pero, a la vez, comprometido con una serie de cosas que, quizá, representan su salvoconducto para huir de un entorno envuelto en la violencia. Ya sea en su relación intermitente con la chica del jefe o en esa sensación de intentar desmarcarse de todo aquello que no sea lo absolutamente necesario. Enfrentado a policías corruptos, chivatos acorralados

por su falta de salidas de emergencia o familias criminales empeñadas en devorar el último trozo de pastel sobre la mesa.

Con todo, *La ley de Carter* no resulta un retrato amable de su protagonista y Lewis no tiene reparo en mostrar la violencia contra la mujer -en este caso, la chica del policía corrupto- de la forma más degradante posible. Acentuando, de esa manera, la línea divisoria que Carter nunca va a poder franquear; la que separa la vida criminal de una existencia respetable. El paisaje de chulos, sicarios, confidentes y policías a sueldo de la mafia de esa eventual escapatoria, más allá de los nubarrones de Manchester, que Carter siempre planea acometer. Con Audrey. Sin la vigilancia de Gerald y Les, sus jefes en la organización, ni el encargo de deshacerse de algún cabo suelto que pueda ponerles en aprietos. Porque Carter, como sucedía con los cachorros de los *Angry Young Men*, es prisionero de un paisaje y de unas condiciones. De su calibre de arma favorito y del coche que utiliza para desplazarse entre clubes nocturnos. Del ladrido de Gerald o Les para que solucione problemas o de las palabras de una Audrey a la que, en definitiva, sabe que nunca podrá seguir.

Tal vez sea cierto que *La ley de Carter* se lee con el ritmo trepidante de la mejor novela negra, encadenando pesquisas que resuelvan el rompecabezas del soplón que ha puesto en jaque a la organización, pero no lo es menos que Lewis se dedica a profundizar en la anatomía de su antihéroe. Mostrándole, ante todo, como un personaje marcado por su destino. Elegante, pero asesino. Cuya complejidad moral refleja las dobleces de una sociedad partida por la mitad. Dividida entre un paisaje de viviendas de ladrillo y tejado acanalado y otro en el que las bondades del *Swinging London* dulcificaban la amargura legada por la generación anterior. Una generación de la que Carter es hijo y, al mismo tiempo, evolución. Prisionero y rebelde. Una contradicción de la que Lewis se aprovechó para definir el

territorio de la novela negra inglesa.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

Muerte con pingüino, de Andrei Kurkov (Blackie Books) Traducción de Atalaire (Mario Grande y Mercedes Fernández) | por Juan Jiménez García



Aquello tiempos postsoviéticos que invitaban a la tristeza. No a la melancolía, que es otra cosa, demasiado poética para tanta hambre y tanta mierda, y ni tan siquiera para esa melancolía por el futuro, que tenía un nombre en alemán (como todas estas cosas... un nombre que llevo años intentando recordar, para parecer alguien). Aquellos tiempos postsoviéticos que son un género literario construido sobre el hambre y las vidas minúsculas, un género de muertos vivientes que esperan transformarse en verdaderos hombres o mujeres de provecho, al triste sol del capitalismo de los escapados de comunismo. China: un país, dos sistemas. Rusia: un país, ningún sistema. Un día, unos cuantos millones de personas se despertaron y no había nada tras los cristales. De sus casas, de las tiendas.

Viktor podría ser uno de ellos. Es un escritor incapaz de escribir más de una hoja. Ahora escribiría micro relatos y se sentiría bien, incluso iluminado por la luz de una cierta modernidad. Pero entonces... Entonces no podía ser otra cosa que un escritor fracasado. Vive con un pingüino que se quedó del zoo de Kiev, cuando este tuvo que colocar sus animales por ahí, dado la ausencia de dinero. Se llevan bien. Los dos tienen poco que contar, más allá de mirarse con una cierta perplejidad, no exenta de cariño. Pero un pingüino necesita del frío y un hombre de una vida. Un día las cosas cambian. Le ofrecen un trabajo en un periódico de gran tirada. Escribir las necrológicas de gente que aún no ha muerto. Hay que estar preparados. Y un día, esos mismos empiezan a morir. Y no de muerte natural. Y Viktor se encuentra en un mundo extraño, protegido por invisibles desconocidos, con la hija pequeña de un mafioso. Y el pingüino sigue ahí. La soledad a ratos. Y Ucrania desaparece. Como aquellos murales romanos de ese film de Federico Fellini, que se desvanecían al contacto con el aire. Es decir, de los tiempos modernos.

Muerte con pingüino es terriblemente triste. Y entonces te ríes. Sus personajes atraviesan el invierno, un invierno gélido que aquí no logramos ni imaginar. No lo suficiente para Misha (el pingüino) pero sí para todos los demás. La vida es tan disparatada en ese tránsito desde la nada hasta lo poco que resulta cómica. Luego nos acordamos de Svetlana Aleksievich y entonces sabemos que aquellos disparates eran la realidad diaria. Y luego de Liudmila Petrushévskaja, y de que las mejores actores de tragedias han sido cómicos. En la novela de Kurkov, todo va de mal en peor cuando todo parece ir de lo bueno a lo mejor. Qué brillante retrato de esos tiempos... Entre la novela negra, porque está el misterio, y la novela negra, porque todo es de una oscuridad de tinieblas. Y luego hay un poco de luz. Misha, el pingüino. Y como en este mundo el destino es ciertamente disparatado, nosotros teníamos una cobaya que se llamaba Andrei,

como Kurkov, que también se quedaba mirando vete a saber qué. Y que tal vez no era tan divertida como un perro ni tan fotogénica como un gato, pero la queríamos igual. Y como Misha, Andrei tenía problemas de corazón. Qué pequeño es el mundo y qué pequeños somos nosotros, hombres, pingüinos y cobayas. Perdidos en las revueltas de la historia, siempre a punto de asistir al fin de nuestro j*** mundo.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

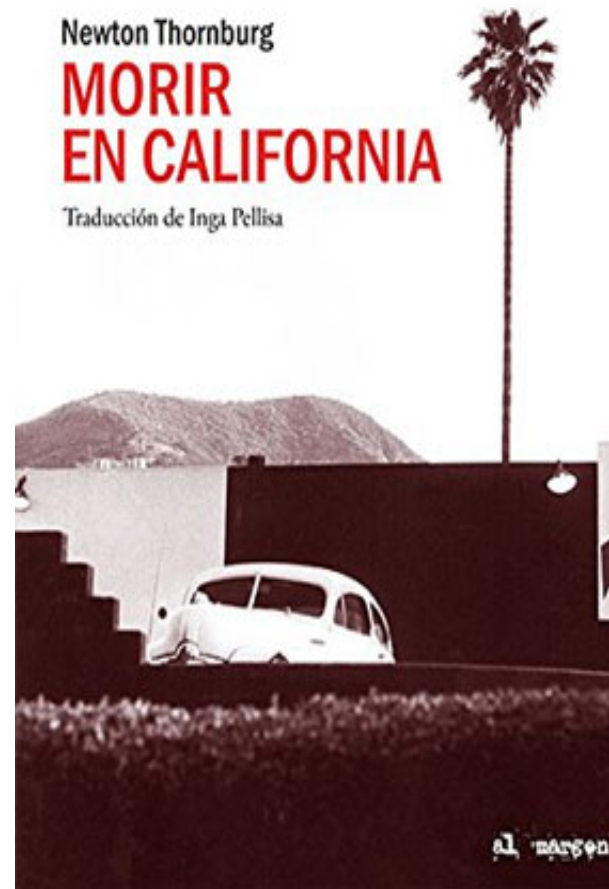
Morir en California, de Newton Thornburg (Sajalín) Traducción de Inga Pellisa | por Óscar Brox



Newton Thornburg

MORIR EN CALIFORNIA

Traducción de Inga Pellisa



Resulta difícil no apreciar el peso de ansiedad, de numerosos lastres sociales y morales, que arrastra la América que Newton Thornburg describe en novelas como *Cutter y Bone* o *Morir en California*. Y no lo es tanto por las heridas de Corea o Vietnam, sino por la sensación de una nación descompuesta en la que las diferencias entre sus estados, con la cálida California como cúspide del hedonismo capitalista, son tan palpables que, por fuerza, aíslan a todos aquellos que no forman parte de esa burbuja. De la vida fácil, de la eterna resaca que azota con indolencia a una parte del país mientras la otra se dedica a vivir de puertas adentro. A sobrellevar como puede sus traumas y pérdidas, mediante la disciplina del trabajo o a través de un núcleo familiar convertido en el alfa y el omega de la vida.

Aspectos, todos ellos, que Thornburg tiñe con la desesperación propia del que contempla el instante antes del accidente fatal. Con la impotencia de no poder remediar esa crisis interior. El fin, tal vez, de una época que las revoluciones juveniles soñaron con que perdurase en el tiempo.

Morir en California comienza con la muerte en extrañas circunstancias del hijo de un granjero de Illinois y el viaje que este último ha de emprender hacia la Costa Oeste para averiguar qué sucedió en realidad. La irrupción de Hook en la soleada Santa Bárbara le devuelve a los recuerdos de adolescencia, al descubrimiento de una sensualidad que, más tarde, con los años y la experiencia, atemperó a través del trabajo. De la responsabilidad y la familia. Y que ahora Thornburg dibuja como un mundo extraño, a veces inexplicable. Un microcosmos de perdidos, mujeres fatales y políticos sin escrúpulos que, sin embargo, huyen de cualquier cliché y manierismo literario para presentarse ante nosotros como criaturas frustradas. Heridas. Prisioneras de una época y unas promesas que las han convertido en grotescas parodias de lo que fueron. De aquel periodo en el que América confiaba su cambio a los Kennedy, cuando la autoridad del Presidente o el Congreso no había quedado en entredicho por la participación en la Guerra o la bomba mediática del Watergate. Así que Thornburg se aplica en subrayar el doble filo que marca el camino de su protagonista en su lucha por recuperar la dignidad perdida de su hijo. A medida que descubre la basura detrás del lujo, pero también la piedad que le inspiran unos personajes caídos en desgracia, con los que se mezclará hasta tal punto que averiguar lo que le sucedió realmente a Chris se convertirá en una pesadilla.

Si el retrato de América que lleva a cabo Thornburg es el de una sociedad víctima de la ansiedad, no resulta menos desesperada su forma de describir a los personajes. A triunfadores como Douglas,

futuro congresista demócrata, pobre diablo escondido tras una máscara de cálculo y cordialidad que apenas puede tapar sus vergüenzas. A esa especie de mujer fatal que simboliza Liz Madera, traumatizada desde su infancia, que hace de su belleza una suerte de cortafuegos para evitar involucrarse emocionalmente con alguien. O, finalmente, del mismo Hook, marcado por un orgullo herido, por la rigidez paternal que le lleva, una y otra vez, a torturarse pensando si el universo cerrado de la granja familiar pudo influir en algún punto en la muerte de su hijo. En su búsqueda de la felicidad por otros caminos. Por otras personas. Y en verdad *Morir en California* no es una novela negra al uso, en tanto que su autor dilata escenas y diálogos, acción y reacción, para poner el foco en la frustración que sacude a sus criaturas. Pero es justo decir que pocas novelas expresan con tanta vehemencia la desesperación de un país acogotado por su falta de salidas. De futuro. De cualquier cosa que no subrayase, aún más, su condición hedonista. El gusto por la vida fácil, fugaz y repentina.

Frente a ese paisaje de personajes derrotados y desoladores, lo que más destaca en la novela de Thornburg es su visión pesimista del héroe. La derrota psicológica que conlleva, paradójicamente, su victoria, toda vez que Hook no sabe si será capaz de soportar la carga moral que ha adquirido para limpiar el honor de su hijo. Pese a volver a casa, al frío de la granja y el esfuerzo del trabajo familiar. Porque *Morir en California* comparte ese sentimiento fatalista de una cultura en crisis, en la que héroes y villanos no solo eran prácticamente lo mismo sino, asimismo, víctimas de una sociedad sin rumbo. De un vacío, el mismo que experimenta Hook una vez consumada su historia de venganza, que nos obliga a replantearnos quién se ha vengado de quién. Qué ha sido de aquel héroe clásico. Dónde han quedado la bondad y el bien. Qué va a ser de esa América malherida, que se desangra por el costado oeste mientras el dinero viejo trata de taponar como

puede el agujero. Si *Morir en California* deja ese regusto amargo, esa impresión de eterna derrota que Thornburg sublimará en su posterior *Cutter y Bone*, es porque su historia no nos habla tanto del apogeo de un género, si de una sociedad sin rumbo ni destino. En la que sus protagonistas no saben qué hacer, a quién compartir, ese vacío que amenaza con borrarlos del mapa. Como héroes caídos, ídolos de barro. Sumidos en una resaca eterna que les permita olvidar el horror con el que se construye su realidad. Olvidar que, en verdad, aquella América de las promesas ha muerto.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

Asesinato en el honjin y otros relatos, de Seishi Yokomizo (Quaterni) Traducción de
Kazumi Hasegawa | por Juan Jiménez García

ASESINATO EN EL HONJIN

Y OTROS RELATOS

Seishi Yokomizo



Hace un par de años, la publicación por Quaterni de *Gokumon-Tō. La isla de las puertas del infierno* nos trajo la revelación (o la confirmación, si no olvidamos *El clan Inugami*) de un autor injustamente desconocido en España, pero un clásico de la literatura japonesa de misterio, de detectives. Una revelación deslumbrante, porque en aquella trepidante novela se encontraba encerrado todo el buen hacer de su autor, además del personaje central de su obra, el detective, el curioso detective, Kosuke Kindaichi. Curioso detective ya no solo por su aspecto y sus métodos si no porque (y ahí comparte puntos en común con otro protagonista del género en Japón, como es el Kogoro Akechi de Edogawa Rampo) no pocas veces acaba de secundario en sus propias historias, hasta llegar al punto de no aparecer si no es citado. Rampo y su Akechi son un referente oportuno a la hora de hablar

de Yokomizo y su Kindaichi. Ambos comparten una pasión por lo clásico, Edgar Allan Poe en primer lugar, y en un libro como *Asesinato en el honjin y otros relatos* no solo encontramos esa pasión sino un cierto juego referencial.

El libro contiene tres relatos, todos con el detective pero no todos en igual manera. Además, cada uno plantea un caso que se inscribe en la tradición de la literatura anglosajona de misterio. En *Asesinato en el honjin*, el misterio de la habitación cerrada; en *El caso del gato negro* el del muerto sin rostro; en *Por qué rechinó la polea del pozo*, el del regreso de la guerra y las dudas sobre quién es aquel que regresa. Kosuke Kindaichi protagoniza el primero, se deja caer en el segundo y desaparece prácticamente en el último, para ceder el protagonismo a la sensibilidad de una joven marcada por la muerte. Pero en todos encontramos lo mismo: el gusto del escritor por volver a frecuentar temas conocidos aportando una nueva vuelta de tuerca. Una vuelta de tuerca de alguien que ha leído mucha literatura extranjera, que la ha leído bien y que es capaz de trasladar todo ese conocimiento, magistralmente, a la sociedad japonesa y sus peculiaridades, desde el honor hasta la venganza, pasando por la familia. Una sociedad encerrada en su pasado y sus manías de derrotados, por las guerras o por el destino.

Porque en Seishi Yokomizo no solo encontramos perfectas tramas construidas sobre un firme andamiaje, sino además el retrato de una sociedad en sus más diversas capas. En especial ese mundo de familias cerradas, ancladas en su honor, pero definitivamente enfermas, como si el tiempo las hubiera corroído hasta ese presente incierto. Un presente en el que el mal, la muerte, están bajo la piel, esperando el momento de salir. Y salen, para destruirlo todo. Y tal vez sea ese precisamente el tiempo sobre el que se construye la narrativa del escritor: un pasado presente. Un pasado que llega para acabar con los titubeos. Un

pasado siempre presente esperando encontrar su punto de ebullición, de muerte. Y entre todo ello, ese detective algo desmañado. Kosuke Kindaichi a la carrera. Irónico, revelador. Como la modernidad sacudiendo los armarios de la tradición. Porque el misterio ya no es un cuarto cerrado, un hombre que vuelve de la guerra o un muerto sin rostro, sino más bien que se esconde detrás de las máscaras tras las que nos ocultamos.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

La chica de Kyushu, de Seicho Matsumoto (Libros del asteroide) Traducción de Marina Bornas | *por Juan Jiménez García*



Hace algo más de un año, nos llegaba de la mano (como ahora) de Libros de asteroide un libro absolutamente maravilloso, por lo que tenía de novela hipnótica construida sobre los horarios de trenes. Aquel libro era El expreso de Tokio y su autor Seicho Matsumoto. Matsumoto podía ser un desconocido para nosotros, pero lo cierto es que es uno de los escritores de novela negra (o de misterio) más conocidos de Japón, un clásico. A menudo llevado al cine (en especial por Yoshitaro Nomura, otro clásico demasiado desconocido) sus obras son pequeñas construcciones, con todo lo que tienen de obsesivas, alrededor de apenas una anécdota. Un día, en la vida de alguien por lo demás corriente, algo se disloca. Y tras esa dislocación se encuentra un misterio. Tras

ese misterio, están las novelas del escritor japonés.

La chica de Kyushu es Kiriko Yanagida. Su hermano ha sido encarcelado y condenado a muerte por el asesinato de una usurera que le estaría acosando por una deuda que es incapaz de pagar. Todas las pruebas llevan a él. O al menos las suficientes para no hacerse muchas más preguntas y cerrar el caso. Pero Kiriko está convencida de su inocencia. Reúne todo el dinero del que es capaz una joven humilde y se marcha a Tokio para pedirle a un famoso abogado, Kinzo Otsuka, que se ocupe de ese juicio. Sabe que no podrá pagarle, pero confía en ser lo suficientemente convincente para que lo defienda y demuestre su inocencia. Pero no es así. En otro momento, tal vez, pero a Otsuka le espera un campo de golf y una amante. Y ahí empezarán también los problemas para él. De conciencia y no solo.

Atravesada por una reflexión (aún muy actual) sobre lo que puede esperar alguien sin dinero de la justicia, *La chica de Kyushu* es una obra terrible en su frialdad y en sus certezas. El personaje de Kiriko, desafiado a un mundo en el que no hay lugar para tantos, se convierte, con su impasibilidad y su determinación, en un ser entregado a una sola idea, cierto, pero idea que sustenta su mundo, privado de lo poco que tenía. La novela da la sensación de que debió de publicarse por entregas, dada la reiteración con el que el escritor vuelve sobre sus mismos pasos y lo sucedido hasta el momento, pero, curiosamente, ese recurso acaba por conformar una atmósfera opresiva que le viene bien. Una sucesión de círculos que no dejan de ser, en cierto modo, aquellos en los que ha caído, Kiriko, espirales en las que quedarán, igualmente atrapados los protagonistas del relato.

Cuando creíamos tenerlo todo, incluso la renuncia, la novela tomará un nuevo impulso, con la llegada de la chica de Kyushu definitivamente a Tokio. Ahí Matsumoto empezará ya no solo a

encajar todas las piezas sino a ir añadiendo engranajes para crear esa maquinaria infernal que nos llevará hasta una parte final sorprendente, verdadero estudio de la condición humana, terreno en el que se encuentra tan cómodo. Lloverá, noche tras noche, pero nada de eso podrá eliminar toda la miseria, toda la muerte, toda esa pobreza. Y nos hará partícipes de la miseria y la desesperación, pero también de la determinación sobre las que se construye un drama terrible. Crimen y castigo. Crimen y castigo.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Los casos del detective Kogoro Akechi, de Edogawa Rampo (Satori) Traducción de Rumi Sato | *por Juan Jiménez García*



Uno de los detectives más conocidos de la literatura japonesa fue (o es, porque todavía sigue presente en distintos formatos, especialmente la televisión) Kogoro Akechi. Creado por Edogawa Rampo, apareció por primera vez en uno de los relatos que se incluyen en este libro, *El asesinato de la cuesta D*, y aunque el escritor no parecía muy satisfecho con su creación, lo cierto es que acabó por imponerse. A él y a los lectores. Satori, que sigue con la publicación de la obra del escritor japonés, nos trae ahora algunos de sus casos. El ya citado, *El fantasta* y, sobretodo (dado que ocupa la mayor parte del libro, con mucha diferencia), *Pulgarcito*. De nuevo encontramos ahí todo un universo, esta vez pasado por el fino tamiz de la novela de

detectives.

El personaje de Kogoro Akechi surgió como un cruce, reconocido, de la obra de Doyle y Poe. Detective aficionado, no parece tener ninguna voluntad de dedicarse a ello profesionalmente, y, de hecho, está más interesado en resolver el misterio que en castigar a los culpables. Como decíamos (y como señala Daniel Aguilar en su epílogo) Rampo no estaba muy contento con él y lo veía como una obra menor. Pero ya sabemos que, más allá de equivocadas percepciones, la obra menor de algunos es la obra mayor de otros.

En el primero de los relatos, *El asesinato de la cuesta D*, nos encontramos con un extraño caso que tiene mucho que ver con los famosos misterios de habitaciones cerradas de sus escritores de referencia. Sentado en la terraza de un café, su protagonista mira una librería de viejo, intrigado por la belleza de su dueña. Al poco se reúne con él Akechi. Y con ellos, el misterio de un asesinato, que responde perfectamente al universo de Rampo y, de paso, le sirve para establecer las reglas del juego de su aproximación detectivesca.

El fantasma tiene mucho de ejercicio de estilo y, una curiosidad, presente en no pocos relatos (hay que recordar que el detective ya salía en *El que pasea por el revés del techo*, relato incluido en *Rampo, la mirada perversa*): Akechi tiene mucho de personaje secundario, dejando la acción a los demás.

En *Pulgarcito* nuestro detective deja que el protagonista sea Monzo Kobayashi, pero, igualmente, cuando queremos saber algo de lo que está ocurriendo tenemos que acudir a él. A partir de la extraña aparición de un enano (a los que por entonces llamaban en Japón pulgarcitos) en una incursión nocturna en el parque de Asakusa, los dos hombres se encontrarán alrededor de un misterio:

la desaparición de la joven Michiko, hija de un empresario. Una historia absorbente, llena de giros y revueltas y de un turbio ambiente. Un ambiente lleno de personajes que parecen esconder (o esconderse) de algo, y multitud de piezas que encajar, no siempre de la manera más evidente. Además de un personaje digno del universo grotesco de Edogawa Rampo, un autor, que, como no podía ser de otro modo, se encontró no pocas veces con un director de cine como Teruo Ishii. Director que precisamente adaptó este relato en la fue su última película.

En definitiva, *Los casos del detective Kogoro Akechi* constituyen una interesante selección de aquellos protagonizados por él, en la medida que nos acercan a su mundo y al mundo que le rodea, tan del gusto de su autor, mientras nos hacen disfrutar de sus peculiaridades como investigador privado, que no son pocas. Entretenidas novelas de misterio que nos dejan con ganas de más, mucho más.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

por Óscar Brox

Ted Lewis

CARTER

Traducción de Damià Alou



Hubo un tiempo en el que Inglaterra vivía como si se tratase de una novela de Alan Sillitoe, puro *Kitchen Sink Drama* en el que la mediocridad de las clases bajas reflejaba la falta de aspiraciones de una generación criada entre casas apareadas. Aquella en la que las fiestas al ritmo del *Northern Soul*, los sábados noche y los domingos por la mañana marcaban el limitado horizonte de ambición. Tal vez el *Swinging London*, como tantas revoluciones sociales, contuvo esa herida en el orgullo proletario con sus dosis de rebelión y vanguardia, de nuevos aires para recorrer los caminos de siempre. Probablemente, a Ted Lewis le quedaba un poco lejos de su Manchester natal el

revoltijo cultural que estaba forjándose en la gran ciudad. Así que, entre paisajes de viviendas de ladrillo rojo, pubs de fachadas cenicientas y los vecinos malencarados de toda la vida, Lewis dio forma a ese género negro que la literatura inglesa necesitaba para desatascar las cañerías del drama social. O, lo que viene a ser lo mismo, para encontrarle un acomodo más propio de la época, entre canallas, desgraciados y delincuentes de medio pelo.

Carter arranca con el regreso a casa de su protagonista, de Londres a una pequeña población cerca de Manchester. A Lewis le sirve para presentar al lector una descripción sucinta del ambiente, de los cambios y transformaciones sociales -la mayoría a peor- acaecidos durante la ausencia de Carter. Las costumbres, los rostros, el paso del tiempo y su efecto demoledor sobre esa memoria familiar que apenas halla un asidero al que agarrarse en su regreso al hogar. No en vano, es la muerte del hermano la que protagoniza el principio de la historia y, casi de inmediato, nos sumerge en el submundo criminal inglés. Uno bien sencillo, al gusto de Lewis, en el que abundan los *gangsters* que hacen negocio con las tragaperras, el contrabando, los clubes y, faltaría más, las mujeres. A pequeña escala, pero bajo ese manto de invisibilidad que solo los ojos despiertos de Carter saben descifrar.

Para Lewis, diríamos, es tan importante el papel de narrador como el de dialoguista. Su *Carter*, de hecho, es la clase de obra - recordemos, una vez más, a George V. Higgins- que se apoya, y mucho, en las conversaciones entre personajes. Y Lewis sabe cómo hacer de estas una fuente de información, una clase práctica de costumbrismo criminal inglés; todo ello, con la misma soltura con la que nos conduce de un garito a otro, de una pinta de *bitter* a la siguiente, mientras Carter cuenta los días para escapar de ese infierno de lluvia y cielos encapotados con la mujer de uno de

sus jefes. Al fin y al cabo, el suyo es otro de esos personajes agotados, cansados del oficio de matar, amedrentar o corromper. De ahí la sorna y el desdén con los que se expresa Carter; el pragmatismo y la violencia expeditiva que aplica para sacar sus conclusiones. Lo que sea con tal de acelerar el resultado de sus pesquisas. Si los antihéroes del cine de Carol Reed subían a la colina más cercana para divisar la línea de aquel horizonte inalcanzable para cualquier hijo del proletariado, el Carter de Ted Lewis parece hacer lo propio cada vez que agota una de sus últimas horas antes de su fuga definitiva.

En *Carter* convive la línea clara del relato criminal, esa que tiene su fuerte en la narración sencilla y la acumulación de situaciones, con una reflexión bastante más amarga sobre ese universo de callejones sin salida y muertes cercanas. No en vano, Lewis nunca oculta que su novela se ennegrece a medida que pasamos las páginas, sorteando afortunadamente los clichés del pintoresquismo rural para apuntar hacia una conclusión fatal. Terminal. Final. Esa misma en la que el héroe se enfrenta a su cansancio, a su falta de horizontes, a su imposibilidad de continuar -porque, admitámoslo, pocas veces las fugas del *noir* terminan con final feliz. Y de alguna manera, si no es con su propia vida, hay que pagar el billete del viaje. Por eso, Lewis nunca evita mostrar a su protagonista como alguien mezquino, peligroso y terrible, por mucho *charm* que desprenda el recuerdo de Michael Caine en la adaptación cinematográfica. En definitiva, como un hijo de puta capaz de clavar un cuchillo en el estómago, de golpear con ganas a la mujer del *gangster* -mientras se preocupa por su otra mujer- y de disparar a bocajarro al sicario que han enviado para devolverle al redil. Todo ello, huelga decirlo, entre fulanas y películas pornográficas, entre mesas en las que se juega al *snooker* y barras que agotan sus reservas de alcohol para sus parroquianos. En una persecución de ritmo endiablado que, a medida que avanza, se vuelve más turbia y

feroz. Más negra y despiadada.

Mientras la literatura escocesa eligió el barrizal como territorio para la novela *noir* e Irlanda hizo de los criminales de medio pelo su particular olimpo de la literatura negra, Inglaterra trató de conjurar el legado del *Kitchen Sink Drama* a base de elegancia y balas, sorna y violencia. *Carter*, novela alfa y omega, de esas que arrancan con un viaje al pasado, en busca de las raíces, para culminar con un aterrizaje en la nada y la destrucción, es la más digna representación de aquella época. En la que el engañoso aire de la rebelión juvenil no podía disimular el hedor de un submundo criminal que, pese a todo, seguía constituyendo una parte sustancial. El horizonte al cual los más mediocres, de vez en cuando, echaban una mirada pensando que, tal vez, algún día saldrían de ese infierno. A ser posible, con vida.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

Delincuentes de medio pelo, de Gene Kerrigan (Sajalín) Traducción de Damià Alou | por Óscar Brox



Gene Kerrigan

DELINCUENTES DE MEDIO PELO

Traducción de Damià Alou



La novela criminal está repleta de atracos que salen mal, secuestros que terminan de la peor forma posible y situaciones que nunca funcionan como se espera. Para muchos, se trata del carburante con el que poner en marcha el relato. Para otros tantos, una manera de ilustrar el ambiente y el aroma de derrota que envuelve al mundo del lumpen; en especial, cada vez que una novela abarca tiempos difíciles. Paradójicamente, Gene Kerrigan traslada la acción de *Delincuentes de medio pelo* a un momento de relativa paz social en una Irlanda en la que la sombra del IRA es demasiado alargada. Época de bonanza, sí, pero no para todos. El crimen de siempre, el de toda la vida, nos dice Kerrigan, vive otro episodio de recesión. Atento a cualquier oportunidad para dar el golpe, sacar tajada y conseguir un pellizco lo

suficientemente grande como para pasar unos cuantos años sin molestar. O eso, al menos, es lo que parece sugerir la decisión de Frankie Crowe cuando plantea a sus compinches llevar a cabo un secuestro rápido.

Para Kerrigan, lo que define a un criminal como Frankie es ese sentimiento de pertenecer a un estrato inferior, incluso, dentro del violento submundo al margen de la ley. Se puede ser un ladrón, un ratero o puro músculo reclutado para intimidar y extorsionar, pero siempre queda pendiente la cuestión del orgullo. Del estatus entre delincuentes. Y el de Crowe, en una clara asimetría con respecto a la realidad, se encuentra por las nubes. De ahí, pues, que desde el asalto frustrante que tiene lugar durante la primera escena del libro Frankie se convierta en una bestia asolada por sus debilidades y por la necesidad de llegar a ser algo más de lo que realmente es.

La Irlanda de *Delincuentes de medio pelo* se divide en varias capas, casi todas desconectadas entre sí, salvo cuando deben cooperar necesariamente ante cualquier embate inesperado. La de Justin y Angela Kennedy, los objetivos de Frankie y su banda, es una comunidad cerrada alrededor de la libertad que concede una buena conexión con las esferas políticas y un trabajo de ingeniera jurídica para bancos e inversores; en breve, son hijos de una Europa felizmente neoliberal. La de John Grace y Nicky Bonner, dos de los policías del relato, es una tierra violenta y expeditiva, en la que se puede elegir seguir las normas (como hace Grace) o vivir como en los tiempos de plomo y coches bomba (como hace Bonner). Y, finalmente, la de Crowe y sus socios es una Irlanda que sobrevive a los cambios estructurales. En la que se vive, se muere, se entra y sale de la cárcel, pero nunca se deja de delinquir. Tal vez, pensamos, porque es el camino más corto para diluir ese innato sentimiento de miseria y frustración.

Kerrigan, como anteriormente demostrara en *La furia*, es un narrador ágil, concentrado a la hora de poner en situación al lector y aplicado cuando debe sintetizar contexto, historia y acción. Virtudes, quizá, heredadas de su trabajo como periodista. Quizá, también, de su conocimiento del medio. De los barrios, de los pubs y las caras sonrojadas de sus eternos parroquianos, del desdén que inspira el crimen a pequeñísima escala o de la grasa que deja el pescado rebozado cuando lo comes, rápido y mal, en un puesto callejero. Eso es lo que inspira (a) su escritura, así como la impresión de que corren tiempos extraños para entender las reacciones humanas más naturales: el orgullo, la vergüenza, el terror o el instinto de supervivencia a toda costa. Porque, a la larga, es ese el catálogo de comportamientos que describe su novela. La situación de callejón sin salida a la que se ve abocado Crowe y la escalada de violencia que elige como única escapatoria posible. El horror que envuelve al rapto de Angela Kennedy mientras, en su fuero interno, realiza un rápido examen de conciencia sobre una vida acomodada, la suya, repleta de luces y sombras. Los cálculos de una policía que observa en cualquier caso con una mínima notoriedad mediática una oportunidad para medrar sobre los altos cargos.

En *Delincuentes de medio pelo* todo sale mal porque es así como funcionan las cosas. Los disparos de la policía siempre dan en el blanco humano y las locas evasiones terminan cuando un vecino marcado por el odio del pasado zanja lo que se ha convertido en una deuda de honor con un viejo amigo. Y Kerrigan lo cuenta con tanta convicción que no se le pueden poner pegadas. No en vano, ese factor humano con el que barniza a sus personajes, padres acabados que tratan de vender un exilio a Ciudad del Cabo, las Canarias o Inglaterra como la mejor decisión posible. Maridos violentos que han perdido sus vínculos con una realidad más o menos cercana. Criminales simples, fracasados, cuya venganza es planificar grandes golpes de catastróficas consecuencias. ¿Qué

otra cosa se le puede pedir a la novela criminal contemporánea sino la de ejercer de espejo deformante de nuestros deseos y aspiraciones? El mundo ventajista y voraz que Kerrigan plasma en sus páginas es, pues, el último testimonio de una sociedad que, por muchas grandes palabras y buenas intenciones, nunca acaba de funcionar del todo. Como tantos golpes frustrados al sueño de una vida mejor. Más rápida y más sencilla.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

El diez por ciento de tu vida, de Hiber Conteris (Yulca) | por
Óscar Brox



En *Interrogatorios*, uno de los textos más emocionantes sobre Dashiell Hammett, podemos leer los testimonios del autor de *El halcón maltés* ante el Comité de Actividades Antiamericanas. El compromiso inquebrantable por una idea de libertad en plena Caza de brujas; su defensa ante una persecución que le llevaría a pisar la cárcel. La prisión fue, también, el lugar al que el uruguayo Hiber Conteris fue confinado durante la dictadura cívico-militar que abarcó más de una década. 12 años de oscuridad en los que, entre otras cosas, Conteris empezó a fraguar una novela. Un homenaje al *noir* americano, pero también una reflexión sobre la hondura del compromiso político en tiempos de ira. De asesinatos, desapariciones y juicios sumarísimos. Una ficción con

Philip Marlowe y Raymond Chandler como protagonistas, en una América sacudida todavía por el *macartismo*, empeñada en mirar hacia otra parte para tratar de ocultar sus miserias.

Antes de iniciar su novela, Conteris explica cómo encontró en la biblioteca del penal una copia de la biografía que Frank McShane consagró a Chandler. Y cómo a partir de esa lectura, mezclada con las ficciones del autor de *El largo adiós*, creó el esqueleto argumental de *El diez por ciento de tu vida*. Más que los datos, que la pura investigación, Conteris buscaba el tono. El espíritu. El estilo. Ese gusto impresionista, la humanidad y también la mordacidad, pero sobre todo la integridad moral de un personaje como Marlowe. De ahí que el Los Angeles de su novela resulte, casi, una reconstrucción soñada de los escenarios de tantos otros libros. Una evocación de los ambientes y del paisaje del investigador privado. De sus palabras y de la manera de tramar cada historia por parte de Chandler. De hecho, no es casualidad que Conteris introduzca a modo de paréntesis un capítulo protagonizado por Chandler para reflexionar sobre su idea de la novela, sus búsquedas estilísticas y la importancia del tono. Como si, desde ese pequeño fragmento de ficción, se pudiese reconstruir todas aquellas conversaciones que tuvieron lugar, pero excedieron los límites de la biografía de McShane.

El diez por ciento de tu vida arranca con la muerte de un agente literario. Como recuerda Conteris, la figura del agente era, para Chandler y prácticamente para cualquier autor, una suerte de Mefistófeles que, en vez de velar por los derechos de las obras, tramaba toda clase de pactos fáusticos con sus representados -de ahí ese *diez por ciento* que, en fin, se perdía durante la batalla por llevar a buen puerto un trato. Sin embargo, la de Yessin Andres no es la muerte accidental que el escenario inicial plantea, pues tras su aparente suicidio se extiende un ambiente de sospechas, conspiraciones e intereses. Así que ahí está, una

vez más, Philip Marlowe; cansado, cínico, abandonado por un tiempo demasiado convulso para un detective. Empeñado en resolver un caso que todo el mundo cree cerrado. Pero que, en el fondo, abarca ese clima de terror político extendido por la Caza de Brujas.

Conteris imaginó a Marlowe como el protagonista de una ficción trepidante, bañada por el sol californiano, las voluptuosidades del deseo y el sentido de la justicia. También, con las suficientes aristas morales como para ubicar al personaje en el contexto de la época. De un tiempo nefasto para el ejercicio de las libertades individuales, en el que la ideología obligaba a utilizar seudónimo y los colectivos gremiales suponían, para la máquina bien engrasada del sistema, un peligroso adversario a la hora de mantener a raya la situación. Por eso, poco a poco, el autor resitúa a la criatura de Chandler en uno de esos ambientes cargados, perversos, tan afines a autores como Horace McCoy. De asesinos contratados para eliminar pruebas, policías maniatados por las altas esferas y empresarios ávidos de información y control. En los que se palpa la corrupción y el cainismo, en los que la bonhomía se paga con el descrédito o la muerte. Y uno tiene la sensación de que, más allá de homenajes, lo que Conteris intenta transmitir es que Marlowe no debe quedar proscrito a la iconosfera de la novela negra, sino que puede ser otra figura más, como la de Chandler, de una realidad partida por el filo político de los acontecimientos. De ahí que, en un ejercicio metaficcional, autor y personaje compartan las páginas de la novela y, podría decirse, resuelvan la naturaleza del crimen mano a mano.

En *Triste, solitario y final*, otra novela con Marlowe como vector dramático, el argentino Osvaldo Soriano contaba la historia de un tiempo definitivamente olvidado, eclipsado, como tantos momentos dorados de Hollywood, por el correr de los años. Es posible que

este sea, asimismo, uno de los objetivos de Conteris, pero no el principal. La identificación con Marlowe, con su espíritu infatigable de justicia, nos devuelve años después un gesto de resistencia en tiempos negros para la política. Por eso, esta aventura final del detective, fraguada por la frustración ante un sistema demasiado poderoso, es un análisis de situación. Un informe, desde la ficción, de ese mismo gesto político que Dashiell Hammett protagonizó ante la Corte. La postrera búsqueda de un sentido de la justicia para no caer en una espiral de decepción, de desazón ante la realidad de un tiempo profundamente injusto. Y, en un gesto hermoso, el sentido homenaje a un autor, Raymond Chandler, que encuentra en la ficción de Conteris el final que la realidad no le pudo proporcionar.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:
